

La Gran Boda

Juan Manuel Rodríguez Casanovi

D.J.57

La Gran Boda

jmrc@us.edu.mx

Llegué a principios de diciembre a visitar a mi mejor amigo a la ciudad de Monterrey. Eduardo me había pedido que llegara el domingo porque tenía que asistir a un compromiso importante el sábado con su novia, pero mis vacaciones comenzaron a partir del viernes por la noche en que chequé con mi tarjeta de asistencia mi salida del trabajo, por lo que decidí desobedecer su petición y tomar el primer vuelo del sábado.

No me importó no poder verlo todo el sábado, lo único que quería era salir de la ciudad y olvidarme de todo para descansar unos días.

Me recibió muy amablemente en su lujoso departamento a pesar de haber hecho caso omiso de su recomendación de no llegar ese día.

Me dejó las llaves de la puerta principal por si deseaba salir a recorrer alguno de los lugares que frecuentábamos cuando éramos estudiantes y me dijo que me sintiera como en mi propia casa, se despidió muy contento y se retiró vestido muy elegante para su evento. Sin embargo, no tardó más de una hora después de haberse despedido en marcarme demasiado molesto y alterado para pedirme que lo acompañara. Pensé que lo hacía por no sentirse mal conmigo al dejarme solo, pero cuando supe la verdad no tuve otra opción y decidí acompañarlo.

Había tenido una fuerte discusión con su novia al pasarla a buscar a su casa porque ella tardó mucho en arreglarse y finalmente molesta le dijo que prefería asistir con sus amigas solteras y que lo alcanzaba en la fiesta.

Cuando subí a su auto solo noté coraje, no dolor, ese dolor que se siente al perder a alguien que se ama, él tan solo estaba molesto porque se ve que no le importaba en lo más mínimo aquella hermosa sonoreña con la que terminó su relación. Además ese final parecía de esos comunes en cualquier noviazgo de años, de seguro al verse en la fiesta se contentarían y todo volvería a la normalidad.

Venía apenas acomodándome la corbata cuando se me ocurrió preguntarle de quién era la fiesta.

– No me contestó, me cambió de tema como hace cuando oculta algo.

– No te hagas el estúpido conmigo y dime. –Le dije sonriendo, molestándolo para que se le pasara el coraje.

– No es fiesta. Es una boda.

– ¿Boda? ¿y quién se casa? Nooo, no me digas que alguna de tus ex novias, por eso siempre dices que tienes buena mano porque a todas las casas al poco tiempo de cortarlas, jajaja ¡Eres un cínico cabrón!

Intentaba con mis bromas a toda costa quitarle el coraje, pero por el contrario

seguía molesto e incluso lo noté preocupado.

– Se casa un amigo mío de la universidad que se llama Enrique con una chava que se llama Azul que es amiga mía y de Rebeca.

– Jaja ¿Azul? ¿Es neta? ¿Así como mí Azul?

De inmediato se vino a mi mente el recuerdo de aquella mujer que había sido lo más importante en mi vida pero en lugar de ponerme triste, me reí más fuerte por la broma de Eduardo.

Aquella mujer era el amor de mi vida, desde el minuto en que por primera vez salí a cenar con ella a la feria en compañía de sus padres, lo cual hizo nuestra primera cita un poco incómoda, sin embargo a partir de ese día ella se volvió mi todo. Con su risa algo aguda pero silenciosa hasta sus bromas a veces sin sentido alguno, me conquistaron como nunca antes una mujer lo ha hecho. Era la niña de papá, su voz y su comportamiento cambiaban a algo más infantil cuando estaba cerca de él y eso me hizo adorarla más. El amor a primera vista sí existe y en ella lo encontré un día y lo perdí.

– No. No así como tú Azul. Se casa con ella, con Azul Álvarez.

– Jaja te la jalaste, ya deja de decir estupideces.

Tomé a broma aquel comentario estúpido de Eduardo quién de inmediato se puso más serio aún, él sabía como irritarme, era mi mejor amigo conocía todo de mí.

– Es neta Lorenzo, no estoy jugando, se casa con tu ex.

Tardé como un minuto en digerir aquella broma de muy mal gusto, por cierto, por jugar con lo que más me dolía.

La broma dejó de serlo al momento que me extendió la elegante invitación de color banco nupcial en un sobre grande serigrafiado con las dos iniciales de los novios y la abrí de inmediato para ver los nombres de los contrayentes y el de los padres para corroborar los apellidos.

Cada letra que leía mi sangre aumentaba de temperatura hasta que sentí que estaba ardiendo por dentro.

– Hijo de tu putísima madre, ¿Azul? ¿Mí Azul?

Un caudal de lágrimas escurría por mis ojos llenos de rabia y de dolor, mientras leía y releía aquella invitación.

- – Sí ella – Lo dijo como si me estuviera dando los buenos días de la despreocupación, quizá al decírmelo se sintió liberado.

– No tienes puta madre cabrón, de seguro tú se la presentaste, eres una chingada

mierda, ¿cómo pudiste hacerme esto a mi? Que soy tu mejor amigo, soy quien siempre estaba al pendiente cuando te metías en problemas.

Me bajé del carro totalmente irritado y decepcionado de él por saber que ella, la mujer más importante que había existido en mi vida estaba a punto de casarse y perderla para siempre.

Eduardo también descendió del vehículo para tratar de calmarme.

– No, yo no los presenté se conocieron por casualidad en la boda de un amigo en común de ambos y cuando me enteré pues ni modo de decirle que era la ex de mi mejor amigo, ¿tú crees que no la odié por eso?, por aparecer en la vida de mis amigos y enamorarlos con esa sonrisa estúpida fingida con la que los seduce.

– Pues no parece, te veías muy emocionado para ir a su boda.

– ¿Y que querías pendejo? También él es mi amigo

– Debiste decirme, eres una mierda.

– ¿Que querías? ¿qué te avisara desde el día en que recibí la invitación? ¿Para qué? ¿Para que desde ese día no dejaras de llorar como estúpido por alguien que ya no siente nada por ti? ¿Para que le marcaras a todas horas y terminaras otra vez en la cárcel como la última vez por acosarla? ¿Qué madre querías imbécil? ¿Que provocara que ella y su familia te odieran un poco más?

– Solo quería saberlo antes– Mi cuerpo cayó sobre aquella banca la orilla del camino y él trató de consolarme – a ti no te importa porque no sientes nada, vienes de ver a tu hermosa novia y terminar con ella y estás molesto porque se tardó demasiado en arreglarse y así encontraste el pretexto ideal para mandarla a la chingada, pero lo que te causó coraje fue que no hizo lo que le dijiste, porque ella te importa un bledo, tú no tienes sentimientos, eres un culero.

Cuando le dije aquello me jaló del cuello poniéndome de pie con una fuerza brutal casi a punto de golpearme.

– ¿Que no la quiero? ¿Cómo puedes decir tantas tonterías? Ella es la única mujer que me importa en la vida, la única con la que he querido vivir siempre, y me duele porque estoy casi seguro de que lo hizo a propósito para que yo me molestara y terminaremos, porque siento que ella ya no me ama, y tu diciéndome esas pendejadas, sólo te importa tu ex novia, te vale madre que yo también pierda al amor de mi vida, eres un egoísta.

Mi historia con Azul había comenzado como un cuento de hadas desde el primer momento. Buscábamos excusas para vernos a todas horas, hablar y mandarnos mensajes todo el día. Ella siempre quería estar conmigo, nuestra química era tan perfecta que comencé a pensar que era magia. Podíamos hablar de todo sin

sentirnos incómodos, bromeábamos el uno con el otro sin temor de herir los sentimientos del otro. Con cada beso nuestros cuerpos despertaban una energía sexual que nos impedía controlar nuestros impulsos, nuestros planes a futuro aumentaban conforme los meses pasaban, empezamos a hablar de tener hijos y ella siempre mencionó querer un niño, yo deseaba una niña, pero nada importaba porque lo que tuviéramos sería perfecto, lo mejor de ambos, sería volver eterna nuestra unión en un ser evocado de ese amor.

Después de unos minutos Eduardo y yo nos tranquilizamos y nos abrazamos llorando como niños cada uno por la pérdida de las mujeres más importantes de nuestras vidas, aunque en su caso aún había esperanza, en el mío ya no, después de tanto tiempo y problemas lo había entendido, no existía una continuación en nuestra historia.

¿No existía?, mi mente comenzó a volar y me subí inmediatamente al auto y le rogué que hiciera lo mismo y se apurara para llegar a la fiesta.

– ¿Estás loco? ¿Qué piensas hacer?

– Nada, no te preocupes, sólo llévame, allá intentare hablar con ella.

– Ni lo pienses, ¿quieres que yo también termine en la cárcel y sin amigos?

Todavía recuerdo el día en que todo acabó entre Azul y yo, ella había salido de la ciudad y a su regreso pasó a recogerme para ir a cenar mis tacos favoritos. Durante su viaje había estado distante pero creí que era por la distancia y las pocas probabilidades que tenía para encontrar dónde cargar la batería de su celular.

Durante la cena estuvo callada, absorta en sus pensamientos, su único comentario fue que pasaría a dejarle unos bocadillos que le había traído a su papá y de ahí iría a descansar a su casa.

Ese día le pedí a Eduardo que me recogiera en la taquería para que ella no se retrasara y fuera a ver a su papá antes de que él se durmiera. Se despidió de mí con un abrazo y la frase “Ya vete a tu casa”, frase que nunca antes había usado.

Eduardo me pidió que lo acompañara a comprar unas cosas y accedí. En el trayecto a mi casa vimos pasar a Azul en su camioneta color vino, el miedo invadió mi cuerpo. No iba en dirección a casa de su papá. Eduardo para tranquilizarme se ofreció a seguirla para que yo viera con mis propios ojos que mi novia a quien yo consideraba el amor de mi vida no estaba haciendo nada malo.

La perdimos en una calle del centro de la ciudad y cuando retomamos el camino

hacia mi casa la vimos pasar, se detuvo en un semáforo lo que nos dio tiempo a alcanzarla y en cuanto estuvimos a su altura pude ver a un hombre sentado en el asiento del copiloto, aquel hombre iba sonriendo. Sentí una descarga recorrer mi cuerpo, alcancé el volante y apreté el claxon lo que provocó que ambos voltearan y entonces ella me dedicó una mirada seria y asustada. El semáforo se puso en verde y los seguimos, convencí o más bien obligué a Eduardo a cerrarles el paso y enseguida me bajé de su vehículo para acercarme a la camioneta de Azul a decirle que era una cualquiera.

Ese día mi corazón se rompió en mil pedazos, en mi mente pasaba una y otra vez la cara de aquel sujeto y se mezclaba con imágenes de ambos besándose o riéndose de mí por haberme visto la cara de idiota. Mi desesperación llegó a tal punto que comencé a seguirla por toda la ciudad, hasta que ella se dio cuenta y llamó a la policía. Me arrestaron mientras me encontraba estacionado afuera de su oficina esperando a que ella saliera para seguirla.

– Si en verdad me aprecias como tu mejor amigo solo llévame ahí y consigue que hable cinco minutos con ella, los últimos cinco minutos te lo juro, solo dame ese tiempo y te juro que me olvido de todo y jamas volvemos a hablar del tema, te lo juro por lo que mas quieras.

– ¿Y cómo piensas que voy a conseguir que puedas platicar con ella cinco minutos a solas? ¿Qué le digo al novio? Que eres su dama de honor. Es una locura. – gritó Eduardo exasperado.

– Por favor jamás te pediré nada en la vida- cuando decía esto mi respiración se encontraba agitada al máximo- pero dile a Rebeca que me consiga ese momento con ella por favor.

– Rebeca apenas me habla

– Por favor te lo ruego- se lo dije casi llorando y solo así pudo entenderme.

– Ok lo intentaré, pero si no se puede ya no insistirás.

El trayecto a la boda fue como una marcha fúnebre, silencio, dolor, lágrimas de ambos, pero yo lloraba con esperanza aun de verla.

Por cada metro que el auto de Eduardo avanzaba, yo recordaba aquella hermosa historia de amor.

Nuestro primer abrazo fue cuando ella se escapó a verme. Me alcanzó en un restaurante de comida griega donde me encontraba almorzando con algunos amigos y ella llegó a pasar escasos diez minutos conmigo, pero minutos muy valiosos porque pude ver cómo se desenvolvía con mis amigos y todos quedaron maravillados con ella. Al salir a despedirla me abrazó fuertemente, se sintió

como por fin llegar a casa después de haber estado ausente toda una vida. Con ese abrazo ella arregló cada parte dentro de mí que estaba rota, quitó el dolor, el miedo y el sufrimiento, y los sustituyó por esperanza, paz y amor. Con ese abrazo supe que mi hogar siempre serían sus brazos, que ella era mi mundo, mi todo.

Suspiré ante aquel recuerdo, más lágrimas corrían por mi rostro mojando mi traje. Estaba a punto de perder a la persona más importante de mi vida, sólo Azul le daba sentido a esta loca existencia mía.

Recordar nuestro primer beso fue volver a sentir sus labios sobre los míos, su respiración rozar mi piel. Fue una tarde de finales de marzo, la sorprendí en su casa cuando ella llegaba de hacer unas compras. Subió a mi camioneta con una sonrisa radiante por verme allí, la invité a comer con unos compañeros de trabajo y ella aceptó sin dudarle. Antes de que pudiera bajar a cambiarse la ropa la tomé del brazo, acerqué su rostro al mío y la besé. La pasión emanaba de cada poro de nuestro cuerpo, sentí su respiración acelerarse cuando nuestras lenguas se rozaron por primera vez. El elixir de su boca era adictivo, no quería separarme de su boca ni para tomar aire. Ella me empujó y en su rostro se dibujó una sonrisa tímida que casi provoca que le dijera “Te amo” por primera vez.

Golpee el tablero de la camioneta de Eduardo, estaba desesperado por llegar a buscarla. Por recuperarla, no podía perderla por nada del mundo. Si era necesario robármela lo haría. Robármela como aquella tarde en que fue la primera vez que hicimos el amor. Fuimos a mi casa con la promesa de sólo estar abrazados acurrucados, queríamos tenernos cerca. Los besos poco a poco nos fueron llevando a desvestirnos mientras yo besaba cada centímetro de su piel que quedaba descubierta, la experiencia más erótica que he tenido ha sido recorrer con mi boca todo su cuerpo mientras sentía cómo ella se estremecía y soltaba ruidos de placer casi imperceptibles. Su piel se erizaba al calor de mis labios, sus senos me recibieron como si yo fuera un conquistador de nuevas tierras. Lo era, yo conquistaba ese hermoso paisaje de montañas y llanuras. Cuando estuve dentro de ella nuestras caderas se acoplaron perfectamente al mismo ritmo lento que fue incrementando conforme ambos nos acercábamos al clímax. Nuestras miradas siempre unidas y así terminamos. Vi en sus pupilas el placer perderse en las mías, éramos uno y desde ese momento supe que nunca estaría con ninguna otra mujer porque Azul era la única con la que quería estar.

Recé, en voz alta le pedí a Dios que no me dejara perderla para siempre. Una y otra vez repetí que la amo. Cuántas veces lo callé por orgullo, porque quería estúpidamente que ella fuera la primera en decir aquellas palabras, pero ahora estaba dispuesto a decirlas una y otra vez hasta que ella decidiera estar conmigo.

Todavía recuerdo aquel momento como si hubiera sido ayer. Ella saldría de viaje de trabajo y pasé a despedirme, cuando subió a su camioneta simplemente me dio un beso corto y dijo “Te amo”, como cuando lo dices diariamente porque sabes que nunca se va a acabar, con la certeza de que ese amor es el último amor porque ya encontraste al indicado, con la calma que da el saber que sería por el resto de nuestras vidas.

Lloré con desesperación, nunca había entendido claramente qué había sucedido o por qué. Se que ella había estado muy ocupada con su trabajo y yo me había vuelto muy insistente con mensajes y llamadas a todas horas, pero el amor verdadero no se termina por cosas tan insignificantes. Debimos hablar y luchar por salvar nuestra relación, debí luchar más por ella.

Llegamos a aquel majestuoso centro de convenciones donde cada detalle era de lujo, por momentos me mataba pensar que yo deseaba estar en los zapatos del novio. Más gente comenzó a llegar y la ceremonia civil estaba por comenzar y Rebeca que no aparecía.

Tuve que marcarle en mi desesperación y explicarle lo que deseaba que hiciera, lo cual no le pareció una buena idea, pero no tuvo más opción al escucharme llorar y suplicar como un niño.

Todo estaba dispuesto para el inicio de la ceremonia, ambos novios estaban en un diferente espacio donde daban los últimos toques a sus vestimentas, lo que se acostumbra en las bodas y fue cuando desesperado me dirigí a Rebeca.

- Este es el momento, mi vida depende de ti, entra a ese cuarto donde está terminando de arreglarse con todas sus damas y entreténla para que entre yo a hablar con ella.

Ella accedió y de inmediato entró.

Cinco minutos transcurrieron de volada, todo mundo desesperado porque los novios no salían y ya el juez estaba esperando para dar inicio.

Rebeca no salía y me desesperé, vi salir a las damas pero Rebeca no abandonaba la habitación. En mi desesperación entré a la del novio, fingí ser parte del staff que organizaba la boda para que los padrinos del novio no me echaran de ahí.

– La ceremonia está por comenzar, los invito caballeros a tomar su lugar y el novio enseguida los seguirá – dije con la mayor convicción de la que fui capaz y aquellos hombres abrazaron al novio para enseguida dejarnos solos.

Él se acercó a mí pidiendo ayuda para acomodar correctamente las mancuernillas y lo asistí. En mi mente pasaban miles de imágenes de ella en su vestido de novia caminando hacia el altar y él esperándola sonriente. Algo en mi

interior se apagó como un switch de luz y salió mi lado más oscuro.

Observé a aquel hombre alto de tez morena y facciones refinadas, se veía feliz porque iba a casarse con la mujer de sus sueños, salvo que también era la mujer de mis sueños y si ella no estaba conmigo, no estaría con nadie más.

Solté una carcajada mientras dejaba caer la mano del novio y él me observó consternado. Me acerqué a la licorera, me serví whisky y de un trago me lo acabé. Estaba perdiendo la cabeza.

– Estás por casarte con el amor de mi vida – dije y me giré observando a aquel hombre, su rostro se veía confuso.

– ¿Quién eres? – preguntó con voz molesta – Debes irte – exigió cerrando sus puños

– Soy Lorenzo, ¿Acaso Azul nunca te ha hablado del verdadero amor de su vida?

– Tú no eres el amor de su vida, eres el loco que la acosaba. –

Solté una risa fría, la sentí distante de mi cuerpo, pero sabía con certeza que era mía.

– Una cosa de lo que has dicho es cierta y la otra errónea. – Me acerqué a él clavando mi mirada fría sobre sus ojos. – Verás, es cierto que estoy loco y es de amor por ella; y estás equivocado cuando dices que no soy el amor de su vida. Lo soy y siempre lo seré, aunque tenga que deshacerme de todos los hombres sobre la tierra. –

Cuando escuchó aquellas palabras, su cerebro tardó pocos segundos en entender a qué me refería. Instintivamente comenzó a retroceder y buscó su teléfono móvil en el bolsillo de su pantalón, se lo arrebaté en cuando pudo sacarlo.

Aquel hombre se abalanzó sobre mí con toda furia y miedo colgando de sus puños, el primer golpe me dio en la mandíbula, pero no lo sentí. Sonreí al sentir el sabor de la sangre en mi boca. Un instinto asesino se estaba apoderando de mí, el futuro esposo de Azul podría ser fuerte, pero yo no tenía miedo, no tenía nada que perder y todo que ganar. Sentí un golpe en el estómago y entonces mis manos se movieron instintivamente, mi visión se nubló y actué sólo por instinto. Me detuve cuando sentí las manos de ese hombre caer inertes a su costado.

No recuerdo exactamente cómo pero cuando volví en mí, me encontraba tras la puerta de la habitación del novio, vestido como él y escuchando una conversación entre Eduardo y Rebeca.

– ¿Por qué tardan tanto, Rebeca? ¿Qué le dijo? – escuché la desesperación que emitía la voz de Eduardo

– No sé, nunca entró a verla. – Le contestó Rebeca a gritos. - ¡Todo esto es tu

culpa Lalo! ¿Cómo se te ocurre traer al loco de tu amigo a la boda? ¡No piensas!
– ¿Cómo que nunca entró a verla? – Escuché a Eduardo llegar a un punto de histeria en su voz.

– Así como lo escuchas, hice que todas las damas salieran, inventando que tenía que hablar con la novia y cuando estuvimos ella y yo solas le marqué a Lorenzo y no me contestó, salí a buscarlo y nada.

Se hizo un silencio que pareció una eternidad, aunque realmente duró un minuto.

– Nooo, no me digas eso, vamos rápido, acompáñame al cuarto de Azul para ver qué pasa.

Abrí la puerta y por la pequeña abertura pude ver cómo Azul abría la puerta al momento en que Eduardo y Rebeca entraban. Aquella imagen del amor de mi vida vestida de blanco me derritió, el encaje del vestido la hacía ver más femenina y elegante, su cabello negro recogido en ese sencillo peinado y el maquillaje tan natural eran como siempre la soñé el día de nuestra boda. Esa imagen era perfecta, ella era perfecta ante mis ojos. Mi corazón latió desbocado por estar cerca de ella, sentirla, besarla, respirar su dulce aroma, escuchar ese timbre extraño de su voz, ver aquellos ojos que iluminaban hasta el más íntimo lugar de mi alma oscura. Caminé hacia la puerta que ella acababa de cerrar, estaba a segundos de estar para siempre a su lado.

– ¿Qué pasa? – la escuché preguntar al otro lado de la puerta con ese timbre tan hipnotizante.

– Nada, es que tengo que confesarte algo, Lorenzo está aquí. – Le contestó Eduardo en tono serio.

– ¿Cómo que Lorenzo está aquí? ¿Qué hace ese idiota en mi boda?

– Vine a celebrar contigo. – dije mientras entraba a la habitación con una sonrisa de oreja a oreja.

– ¿Celebrar? Lo que quiero es que te alejes de mi vida para siempre. – lloraba azul mientras yo me acercaba lentamente a ella y la tomaba de los brazos.

– Mi amor siento mucho decirte que solo tienes dos opciones en tu vida a partir de ahora, o te casas conmigo ahorita por el civil ya que todo mundo está esperando, la mesa está servida para el gran banquete no lo desperdiciemos bebé, ya vengo vestido para casarme y todo está listo para la gran boda, o te pasará todas las veces que lo intentes lo mismo.

– ¿Que me pasará? ¿Qué hiciste?

– ¡Acabas de enviudar! – se lo dije con su sonrisa sarcástica mostrándole el pañuelo de ese tipo ensangrentado envolviendo el abre cartas que le clavé en el

La Gran Boda

Juan Manuel Rodríguez Casanovi

D.J.57

cuello.

El rostro de Azul palideció, me esperé gritos de su parte para pedir ayuda, pero sólo me observaba llena de odio. Eduardo me alcanzó y me soltó un golpe que me tiró al piso.

– Basta – gritó Azul y Eduardo me sometió – Lo haré. Me casaré contigo – dijo ella con tono decidido.

No sé qué pasaba por su mente, pero se acercó a mí y me ayudó a levantarme, su mirada seguía siendo de odio pero me dio un pequeño beso en la boca. Tomó su ramo y de la mano caminamos hacia el salón donde sería la boda. Al vernos entrar todos se quedaron callados y las miradas nos siguieron hasta el centro del salón, nadie podía entender lo que estaba pasando y menos aun la familia del novio y sus invitados, por un Instate pensaron que se trataba de una broma.

Cuando estuvimos frente al Juez ella se giró hacia todos los invitados, la conocía tan bien que sabía cuál sería su próximo movimiento. Lo supe desde que me dio aquel beso que apenas rozó mis labios.

– Lorenzo acaba de asesinar a mí Enrique.

El silencio de los invitados se rompió, ella se giró para desafiarme con la mirada. Esa mirada desafiante que me había regalado tantas veces. Pero ella no se esperaba que yo estuviese un paso más adelante y pensó que me sorprendería con aquella acción. Vi a sus amigos correr a nuestro encuentro, tomé aquel rostro perfecto y la besé sintiendo su aliento una vez más y despertando todo mi ser al contacto de nuestros labios. Rápidamente tomé el abrecartas que traía en el bolsillo y se lo enterré en su inmaculado cuello de la manera más delicada para no marcar demasiado su perfecta piel. Azul cayó al suelo de la impresión y su vestido blanco comenzó a teñirse de rojo por el caudal de su sangre. No tardó en apagar la vida de sus ojos.

– Si no eres mía, no serás de nadie. – dije y tomé de nuevo el abrecartas y lo enterré en mi pecho en el lugar donde intuí estaba mi corazón.

Sentí el dolor punzante atravesarme y enseguida un grito desgarrador irrumpió en aquel salón. Pude ver borrosamente a Enrique entrar tropezando al salón. Sonreí, yo había ganado y ahora Azul y yo estaríamos siempre juntos por la eternidad, me tiré sobre el suelo abrazándola y susurrándole al oído.

– Siempre serás mía.